

# Reinonas, Putas y Chaperas



La organización de la supervivencia y la revuelta de las trabajadoras sexuales de género variante en EEUU, 1950-1970.

# Prólogo a la edición castellana

Es reciente y actual el éxito que está teniendo la versión castellana y en libro de *STAR: Street Transvestite Action Revolutionaires*, que tradujo esta editorial hace ya más de dos años. Ahora traemos otro texto menos emotivo, pero igual de emocionante, y sobre todo muy complementario: si las protagonistas de STAR cuentan en profundidad su historia en Nueva York, en *Reinonas, Putas y Chaperas* tenemos una panorámica general de lo que fueron los EEUU en materia marica y trans (y en muy menor medida, bollera) en los años 50 y 60. Unas crónicas muchas veces desgarradoras, y otras divertidas, pero siempre compartiendo el deseo insurreccional de romper con aquello que las oprímía con los medios que fueran necesarios. Prueba de ello fue la insurrección de la Cafetería Compton's en 1966, una revuelta muy poco conocida más allá de San Francisco, eclipsada por los disturbios de Stonewall tres años después, ahora reescritos bajo la dirección cinematográfica del propagandista gay del capital Roland Emmerich, y de la que por primera vez tenemos una crónica amplia y fidedigna en castellano.

Esperamos, como siempre, dar luz con nuestro candelabro de la historia a estos olvidados hechos del pasado que, queramos o no, marcan nuestra insurgencia sexual actual y nuestros deseos nunca enmarcables en los engrilletados límites de la normatividad.



**Distribuidora Peligrosidad Social. Madrid, febrero de 2016.**

[distribuidorapeligrosidad@riseup.net](mailto:distribuidorapeligrosidad@riseup.net)

[www.distribuidorapeligrosidadsocial.wordpress.com](http://www.distribuidorapeligrosidadsocial.wordpress.com)

Texto extraído de *Strapped for Cash: A History of American Hustler Culture* de Mack Friedman.

Las imágenes de la portada de las reinonas asiduas a la Cafetería Compton's han salido del documental de Susan Stryker *Screaming Queens*.

Editado por Not Yr Cister Press

<http://notycisterpress.tumblr.com/>

[notycisterpress@gmail.com](mailto:notycisterpress@gmail.com).

# Introducción

La historia de la resistencia de las inadaptadas sociales y rebeldes queda incompleta si no entendemos el rol central de las redes de contactos que unieron a chaperas, putas, travestis, *hair fairies*<sup>1</sup> y radicales durante los años 50 y 60, una etapa crucial que condujo a las primeras revueltas gays que hicieron huir a la policía de las calles de San Francisco y Nueva York. Además, la mayor parte del material publicado en relación a la historia “transgénero” pasa por alto un análisis meticuloso de la cultura travesti y chopera. Sabemos vagamente sobre las hazañas de Sylvia Rivera, Marsha P. Johnson y *Street Transvestite Action Revolutionaries*, pero pocas autoras han situado sus proyectos (abrir casas para chavalas trans de la calle, prostituirse para pagar el alquiler y recaudar fondos del ala radical de la Liberación Gay) dentro de una historia en la que esas prácticas eran algo común entre las redes informales de reinonas y putas, esquivando puteros y defendiéndose las unas a las otras de cualquier violencia en la mayoría de las áreas urbanas a lo largo y ancho de Estados Unidos.

Por ello hemos decidido publicar este extracto del libro *Strapped for Cash: A History of American Hustler Culture* de Mack Friedman. Esta sección de la más amplia investigación de Friedman sobre las chaperas en los Estados Unidos narra muchísimas historias olvidadas de las putas y los chaperos en las calles y los clubs de los años 50 y 60. Es una muestra de cómo las redes informales de autodefensa y apoyo mutuo permitieron a las chaperas de género variante sobrevivir y rebelarse contra la sociedad que las mataba y encarcelaba, de los sentimientos complicados de las putas sobre su trabajo, y de cómo la contrainsurgencia de la policía, los servicios sociales y la renovación política destruyeron esas redes para recuperar estas luchas y convertirlas en unas insignificantes reformas y en mero “apoyo a las personas transexuales”.

Nosotras, por supuesto, tenemos diferencias con algunos elementos del texto de Friedman<sup>2</sup> (su uso generalizado de “transgénero” para todas las personas de género variante durante esta época, o la lectura del crecimiento

---

<sup>1</sup> Término del argot queer estadounidense intraducible al castellano. Se trata de maricas o trans con el pelo muy largo y bello, cual hada (de ahí *hair fairy*, “pelo de hada” ligeramente). Una especie de subcultura de género variante entre lo marica y lo trans lo usaba como símbolo identitario en algunas épocas. En algunas partes del texto lo hemos traducido como “mariconas” (Nota de la Traducción).

<sup>2</sup> Nos sumamos a esta crítica. El lenguaje del texto es abiertamente cis-sexista en más de una ocasión, y algunos comentarios son desafortunados. No nos hacemos responsables de ellos, sino que nos limitamos a su traducción por considerarlo un utilísimo texto histórico, por la misma razón por la que NYCP lo reeditó en fanzine. (NdT)

posterior a los hechos de Compton's como un "apoyo" positivo y no como una apropiación estatal de la lucha, entre otras cosas, pero es uno de los pocos autores que se ha atrevido a interrogar concienzudamente y a narrar las historias de las chicas de organización y revuelta de entre la cultura gay callejera que resuena con fuerza entre las redes de rebeldes del género y putas que han intentado crear redes de rebeldía a lo largo de las metrópolis actuales. Espero que este texto aporte un fértil abono histórico para la relación crítica con los proyectos radicales contemporáneos que puedan parecerse, y deje claro que a menudo las formas más "informales" de organización y revuelta son las que usaron nuestras predecesoras.

- Valerie Queen, NYCP (Not Yr Cister Press)

## Reinas de postín y Gatas callejeras: Travestis, 1950-1965

Las chaperas transgénero estaban en mal lugar. Trabajar solas en las calles era peligroso, y más estando en la posición social más marginal dentro de su ya de por sí duro oficio. A menudo las trabajadoras sexuales transgénero empezaban como chaperos ocasionales más que como chicos con aspecto de travestis. Como su expresión de género se tornó más femenina, la mayoría se vieron obligadas a depender totalmente de la prostitución como un medio de subsistencia. No es fácil, aún hoy, para una mujer transgénero que pase normalmente como tal encontrar un empleo doméstico "legítimo".

En los años 50 y 60, era ilegal que los hombres biológicos llevaran ropa femenina en público. Además, la peña trans corría el riesgo de acabar arrestada por hacerse pasar por otra persona o por buscar clientela, aunque no estuvieran ejerciendo la prostitución. Aunque era terriblemente inseguro travestirse en la mayoría de las ciudades, había zonas de buena acogida con las personas transgénero en Los Ángeles, Nueva York, San Francisco y Nueva Orleans. Esas zonas florecieron con naturalidad cuando la tolerancia social hacia la diferencia social aumentó y las interferencias policiales con la vida vecinal se relajaron o no existían. Estos atrevidos y eclécticos espacios eran peligrosos, pero también promovían un sentimiento de comunidad entre las desposeídas de América.

Había también un circuito nacional en expansión de cabaret travesti. Si una muchacha tenía talento, podía hacer su vida yendo de club en club, luciendo sus espectáculos y recibiendo a sus mecenas fuera de horas como clientes.

En Los Ángeles, Pershing Square era relativamente un barrio no discriminatorio; en Nueva York, Bryant Park era el sitio designado; en Nueva Orleans, el Barrio Francés estiraba la manga un poco; y en San Francisco, el Tenderloin albergaba una familia de desclasadas urbanas. La imitadora Kenneth Marlowe escribió que, en los años 50, “las jóvenes reinonas en torno a Pershing Square se maquillaban, se alojaban y silbaban a lo largo de toda la plaza”. En este parque barriobajero, competían por los clientes, se encuadraban en bandas juntas con otras jóvenes chaperas, e iban a la cafetería Clinton’s después de hacer la calle. “Todas ellas necesitaban unos 6 dólares a la semana para pagar la habitación” escribió Marlowe. “Había una necesidad de mantenerse vivas. El resto del tiempo que no se preocupaban por la cama iban a por una camiseta nueva, a por unos pantalones, o a comer.”. Marlowe trabajó amistad con las veteranas Candy (quien tenía un largo recorrido en prostitución masculina) y la Duquesa. Como una banda de chaperas novatas, las transgénero aprendieron su oficio de sus mentoras en espacios públicos relativamente seguros. “Aprendí rápidamente a adivinar la edad de la gente”, escribe, “al ver a las demás reinonas jóvenes”.

Después de que sus padres la encontraran teniendo sexo con un hombre joven, Holly Woodlawn huyó en autostop de Miami a Manhattan. Se prostituía en Bryant Park en 1962, con 16 años:

Un día descubrí Bryant Park, que era donde todas las reinonas y chaperas solían dejarse caer... Una tarde, mientras estaba sentada en un banco del parte, conocí a una reinona puertorriqueña que empatizó con mi situación y me arropó bajo su ala.

Entonces conocí algunas reinonas de Miami que estaban viviendo en un sórdido hotel de la Calle 72, en Broadway. Todas se apiñaban en una sola habitación y hacía su vida en las calles, prostituyendo sus jóvenes cuerpos masculinos por 20 dólares el polvo. Al final del día, compartían sus ganancias entre todas.

Las recién halladas compañeras de Woodlawn le sugirieron mudarse con ellas y prostituirse para pagar el alquiler. Holly intentó prostituirse como un chico, frecuentando las cercanías de Bryant Park y Times Square. A pesar de su nueva red de apoyo, lo encontró difícil. “Era un despojo de nervios”, recuerda. Se daba un respiro en la cafetería Bickford’s, entonces “salía y me prostituía más, pasando el rato en oscuros portales o en esquinas de calles. Estaba tan asustada. Odiaba hacer eso, pero sentía que no tenía elección”. Woodlawn se fue finalmente del hotel, y moraba donde podía. Como otras chaperas sin hogar, dormía en el metro, en cines nocturnos o encima de bancos de la Gran Estación Central. Se aseaba en dicha estación, en la que había grifos en el baño que se

podías usar por 25 centavos. Tras esto, tomaba rumbo hacia Bryant Park para prostituirse.

En Bryant Park, Woodlawn conoció a otra chapera transgénero que se llamaba la Duquesa (no confundirla con la Duquesa de L.A.), cuya búsqueda de fama no le estaba saliendo muy bien: su mandíbula desdentada echaba por tierra su trabajo. Y describió una escena en el parque tan gráfica como el maquillaje que se aplicó en el ojo en el baño de la estación. Ella también hablaba de un bar fuera de horas para prostituirse en la Octava Avenida con la calle 52 que resultaba exultante con Escatrol y sexi con Seconal<sup>3</sup>. La cultura chapera neoyorquina en los 60 presagiaba la escena punk de los setenta.

Las chaperas masculinas y las transgénero desarrollaron sistemas de protección cooperativa para escudarse unas a otras de los elementos más violentos y peligrosos de las calles de Nueva York. Sylvia Rivera abandonó su transfóbico vecindario del Lower East Side a los 11 años y se convirtió en chapera habitual de la Calle 42, usando su nombre de chico, Ray. Fue rápida y ferozmente adoptada por Gary, un chapero de 18 años, y Marsha, una reinona callejera de 17 años que ayudó a Sylvia a encontrar trabajos a tiempo partido y le enseñó las reglas de Bryant Park. “Marsha jugaba un rol de hermana mayor, enseñando a Sylvia cómo aplicarse el maquillaje con destreza (por entonces el travestismo era sólo para ocasiones especiales, no para prostituirse)”, escribe Martin Duberman.

En la misma zona Libra, amiga de Holly Woodlawns, le dijo a Holly que “hay una regla de oro a seguir si eras una ‘chica’ (un chico afeminado) de la calle. Tienes que ser agradable con las prostitutas masculinas... Las chaperas eran unas de las que cuidaban de las ‘chicas’ como yo, comprándonos cigarrillos, refrescos y dulces. Además, ellas solían estar dentro de alguna pandilla chungu, y si se enfadaban, podían asestarte una puñalada y matarte, o humillarte hasta el punto de que desees estar muerta.” Por otro lado, John Reechu (que trabajó tanto en Bryant Park como en Pershing Square en los años 50 y 60) observó que las travestis eran duras de pelar: “En ese momento... la persona más dura que conocía no tenía nada que hacer ante una reinona. Porque ellas no tenían nada que perder”.

Las trabajadoras sexuales trans experimentaron más violencia de sus clientes que cuando se prostituían como chicos. La clientela tenía un poder más grande sobre las mujeres del que ellas ejercían en su oficio, y podía ser especialmente severa con ellas cuando las estafaban y engañaban para

---

<sup>3</sup> Son una anfetamina y un barbitúrico respectivamente, comunes en la época. (NdT)

conseguir alguna polla. Escribe Duberman: “Después [Rivera] empezó a travestirse más, hacia los 15 años, aumentando las probabilidades de que le pasara algo malo. La gente le amenazaba con armas e intentaban violarla”. Al igual que en la mayoría de los ambientes laborales regulados, un buen sistema de apoyo no puede salvar a todo el mundo. Sobre las desoladas y descuidadas calles, adolescentes transgénero como Little Sheba, que conoció a Woodlawn y Candy Darling en 1964, pudieron encontrarse con terribles peligros. A pesar de los esfuerzos de las veteranas en su iniciación y capacidad de confrontación, Sheba tuvo un desafortunado final, apuñalada y apalazada hasta la muerte por un cliente en una habitación de hotel.

Ciertas zonas de San Francisco albergaban muchísimas oportunidades (y peligros) para las trabajadoras sexuales transgénero como las encontradas en Pershing Square y Bryant Park. En los años 50, el barrio de Tenderloin, North Beach (hogar de la generación Beat<sup>4</sup>) y Embarcadero fueron zonas amigas para las trans. En Embarcadero se encontraba Finocchio's, uno de los locales de variedades travestis más extravagantes. Las tres áreas incluían bares amigos para las travestis y abundantes oportunidades de empleo.

El Dr. Harry Benjamin, que había establecido una oficina de verano en San Francisco durante los 50, dispensaba estrógenos con prospecto a las transexuales. (Su principal oficina estaba en Nueva York. A inicios de los 60, Holly Woodlawn “fue a verle para conseguir inyecciones de hormonas femeninas y las obtuvo en un par de meses”, recuerda. “¡Intentaba tener el jodido jersey bien ajustado!”. Una de las clientes veraniegas de Benjamin era una frecuentísima espectadora del Finnochio y asidua trabajadora sexual. Benjamin le contó su historia a Bo Masters:

Sobre la Prostitución, ella dijo: [Las travestidas] están disponibles todo el rato o al menos el 95 % del tiempo. Hasta aquí en el Finnochio's a las artistas no se les permite relacionarse con los invitados, hasta las citas las hacen las camareras. Si un cliente le da a la camarera menos de dos dólares por entregar la carta, esta carta nunca llega o no se contesta. Un billete de cinco dólares para la camarera significa que el cliente está dispuesto a pagar 50 \$ o más por la cita, incluyendo sexo por supuesto.

Este acuerdo, con las camareras haciendo de intermediarios, era un poco inusual, pero tienen su origen en la cultura de chicos mensajeros en Nueva York y Chicago durante los 50.

---

<sup>4</sup> Generación de escritores de los años cincuenta criticados en su época por sus temáticas disidentes, entre ellas la liberación sexual. William Burroughs, uno de sus máximos exponentes, era abiertamente homosexual y escribía sobre ello con frecuencia. (NdT)

De 20 a 50 \$, estas “citas” eran el doble de caras que si el cliente se iba con una puta transgénero en la calle. ¿Por qué? Resulta obvio, el ambiente de una cita de bar era normalmente más seguro que el lugar de intercambio en la calle. Otro factor podría haber sido la apariencia de las artistas: Benjamin se dio cuenta de que “el trabajo de imitadora en el club es normalmente mucho más atractiva que los encuentros que la travesti homosexual busca en la calle. Algunas de las imitadoras profesionales parece que combatan entre todas ellas por participar en los espectáculos más glamurosos en los clubs nocturnos más prestigiosos”. Las artistas Male-To-Female (MTF)<sup>5</sup> se consideraban exóticas para la clientela que estaba dispuesta a pagar más para cumplir sus fantasías poco ortodoxas. Finalmente, las artistas obtuvieron un grado de reconocimiento en su marginal escena que les ayudó a inflar sus tarifas como trabajadoras sexuales.

Irónicamente, los ingresos que disfrutaban las trabajadoras transgénero atraían a los jóvenes chaperos gays que no tenían por qué travestirse habitualmente. Por esta razón, Benjamin y Masters distinguían entre transexuales de verdad (que hablaban de sí mismas en femenino para cumplir una profunda necesidad emocional y psicológica) y las imitadoras femeninas (cuya no conformidad con lo establecido en género tenía una motivación económica.). “Las transexuales”, escribieron Benjamin y Masters, “sobrepasan considerablemente en número a las prostitutas travestis homosexuales, algunas de las cuales son vagabundas y chaperas de bar”, además de artistas<sup>6</sup>.

A lo largo del país, los clubs de cabaret instalaron normas diferentes del trabajo sexual. El Holiday Inn en Calumet City, Illinois, era común en fomentar a las artistas a traficar con bebidas; lo que ellas hicieran con sus cuerpos después del trabajo, no era asunto de la dirección de la empresa. Club 52, en Indianápolis, prohibió a las artistas relacionarse con los clientes hasta que se hubieran hecho los números y sólo con vestimenta masculina. My-Oh-My, en Nueva Orleans, no sólo animaba a las artistas a trapichear con alcohol, sino que les sugería que proporcionaran fotos de ellas travestidas a cambio de dinero antes de la hora de apertura del club.

Los chicos que eran demasiado jóvenes para entrar dentro del club llegaban cada noche mucho antes del primer espectáculo para vernos vestidas. Ellos decían, “Te veremos

---

<sup>5</sup> “De hombre a mujer”, literalmente. (NdT)

<sup>6</sup> Nota editorial: Friedman carece de un profundo análisis sobre las divisiones entre las categorías que Benjamin pensó, que tendían a estar basadas en una crítica clasista de las mujeres que no pasaban bien por tales, que eran empleadas como chaperas y putas, que eran ruidosas, y de las que seguían en contacto con la cultura gay callejera. Más información de estos estándares se puede encontrar en *How Sex Changed: A History of Transsexuality in the United States*, de Joanne Meyerowitz.



por 25 centavos”. “¿Dios mío, a qué viene eso?!” , respondí la primera vez que les escuché decir eso. Uno de los repartidores dijo “Dale 25 centavos y verás que ocurre.” Saqué 25 centavos del bolsillo y se los di a una de las chicas. Me sonrió. “Gracias”, dijo, “¿Cómo te llamas?”. “Kent”, dije. “Oh, eres nuevo aquí”. Se bajó sus pantalones y dijo “¡Mira! Y miré. “Acércate y juega con ella, si quieres”, dijo. “Has pagado por ello”. Después se esfumó en el espacio que había entre los bares.

Esta barata oferta era más un tributo que prostitución; pero ilustra completamente cómo el legendario comercio sexual de Nueva Orleans caló entre la comunidad disidente sexual y de género de la ciudad.

En los años 50 y 60, algunos clubs de cabaret americanos contrataban sólo a mujeres, algunos usaban sólo imitadoras femeninas, algunos mezclaban imitadoras femeninas y mujeres reales, y otras incluían strippers masculinos, travestis y mujeres. No importaba la mezcla, se empleaba a grupos muy vinculados que habían crecido con un recorrido a nivel estatal. Este circuito nacional era un teatro flotante además de un burdel ambulante; las artistas se reorganizaban, pero el juego permanecía igual de bonito. Y tenía que permanecer con consistencia; las actrices a veces no podían superar la escena. La vida en la carrera sólo era sostenible si había unos pocos elementos de estabilidad con los que anclar una sensación de hogar.

El Club My-Oh-My, localizado “en el este, al final de West End, en Jefferson Parish”, era únicamente travesti. “Todo el reparto era en el club lo que era en realidad”, escribió Marlowe. “Conseguimos así más dinero que robando. Afrontábamos lo que viniera juntas. Hacíamos orgías juntas. Íbamos a la playa juntas. Todas nosotras estábamos siempre juntas. Me di cuenta de que cuando trabajabas en el My-Oh-My, formabas parte de una hermandad.”. Esta inmensa camaradería ocultaba la triste realidad de que la peña trans no era tolerada en el mundo más allá de los clubs; se juntaban porque compartían una opresión. La privacidad del estatus comercial del cabaret no sólo eliminaba el riesgo del acoso policial, sino que también garantizaba protección policial: El My-Oh-My tenía un alguacil asignado cuyo deber era “situarse frente a la puerta durante las actuaciones para evitar que hubiera cualquier problema.

En Nueva Orleans, la zona trans principal era el Barrio Francés. Dusty Evening, un conocido MC del My-Oh-My era dueño de un edificio “en la calle Gravier, en el barrio negro”. Marlowe escribió que “había seis apartamentos y todas sus ocupantes trabajaban en el Club My-Oh-My.” Éstas comían juntas, visitaban unos bares trans concretos, y rondaban por el barrio, donde “había siempre turistas por la zona, listos para que los interceptaran”. Muy a menudo las trabajadoras se iban con sus clientes a sus apartamentos. Ninguna descripción de Nueva Orleans quedaría completa sin mencionar el burdel, que

generalmente albergaba un chico travestido entre un gran número de mujeres. En una carta a Masters, Benjamin escribe:

La imitadora femenina con la que hablé, trabajó como “reinona” hace algunos años en la casa más lujosa de Nueva Orleans. Se mostraba ante los clientes como un chico (travestido). Llegó a ser la más cara... 50-100 \$. Puede que exagerara. Sus clientes eran todos homosexuales o bisexuales, aunque algunos se consideraban heteros. Algunos pagaban “sólo por conversar”.

Y Marlowe, después de dejar el My-Oh-My, trabajó primero como peluquero y después como chico fijo en una casa muy similar en Nueva Orleans. Marlowe aseguraba que los precios eran fijos en esa época (20 \$ por 15 minutos, 30 \$ por 30 minutos, 100 \$ por toda la noche) y que la *madame* instruía a las trabajadoras a mantener los ojos bien abiertos ante enfermedades de transmisión sexual y a invertir el tiempo necesario en ello. El periplo finalizó para Marlowe en San Francisco, donde hizo una prueba – y fue rechazada – para el Finnochio.

A finales de los sesenta, un desplazamiento geográfico había consolidado tres zonas previamente pro-trans en una. Los planes urbanísticos decidieron que el obscuro Embarcadero necesitaba una remodelación. North Beach, mientras tanto, estaba perdiendo su atractivo, pero el barrio de Haight-Ashbury comenzó a hacer señas a los vagabundos para que acercasen. Una población transgénero dispersada se reasentaba lentamente en el Tenderloin. El incremento de la concentración de disidentes sexuales hizo que el ámbito del trabajo sexual se incrementara visiblemente, lo que atrajo la atención de la policía. Susan Stryker, una historiadora de la Bahía de San Francisco, conoció la historia de Carlos/Carla Lara, una inmigrante latinoamericana que a inicios de los 60 hacía funcionar un hostel encima del Club Checker, su tienda-café-biblioteca-bar. Cuando el Departamento de Policía de San Francisco efectuó una redada contra el Club Checker en 1962, arrestaron a docenas de residentes, la mayoría travestis. Stryker recordaba:

A lo largo de los años Sesenta y Setenta se hacían barridas periódicas en las calles en las que muchísima gente resultó arrestada. ¡Se trincó a 46 personas en una noche! La segunda redada más numerosa de la policía ocurrió en un bar autodenominado “gay”, el Club Checker, que era un importante punto de encuentro de las travestis. También se le conocía como un lugar en el que la gente podía ir a trapichear con cualquier cosa que hubiera robado. Las persona que lo regentaba (su nombre legan era Carlos Lara) era una inmigrante de América Central que llegó aquí y abrió el establecimiento al principio como cafetería, que sólo tenía mesas y sillas plegables y un escaparate. Carla servía café y cualquiera podía llegar y permanecer ahí y dormir, era un lugar que proveía comida a las chicas de la calle. Y entonces tan pronto como Carla reunió el suficiente dinero como para comprar una licencia para servir alcohol, convirtió el local en un bar, el Club Checker. Ya

entonces... estaba principalmente orientado hacia la gente transgénero. Y la mayor parte de la gente arrestada en la redada sobre el bar de inicios de los sesenta lo fue por imitación femenina.

Otra redada tuvo lugar en Tenderloin, en 1967, que capturó a 33 viandantes, incluyendo una docena de travestis. (Cuando se les preguntó por qué estaban en la calle, una mujer trans dijo, “no sólo tienes la oportunidad para hacer una mamada, sino que tienes la oportunidad de agarrar muchas cosas diferentes más.”) Mientras la policía apuntaba los nombres, las trabajadoras sexuales transgénero recibían sus papeles. Cada vez estaban más reticentes a dejarse arrestar. Habían estado mucho tiempo buscándola, pero la revolución estaba a la vuelta de la esquina.

## La pequeña chispa que encendió la llama de los chicos de tacones altos: La insurgencia, 1965-1970

Sabemos que el Tenderloin era una zona favorable a las travestis a mediados de los sesenta, y lo venía siendo desde al menos los últimos veinte años. En 1966, la escena travesti se había disparado a lo largo de la Calle Turk, sede de varios bares y clubs, incluyendo el Sound of Music, Chuckkers, el Camelot y el Hilliard. El hotel El Rosa, en el número 166 de la calle, ofrecía a sus inquilinas transgénero una habitación económicamente asequible y una estupenda ubicación. Todo lo que tenían que hacer era hacer la cama y mantener los baños. Significativamente, El Rosa tenía un nombre inadecuado. La forma gramaticalmente correcta de referirse a “the rose” en castellano es La Rosa; Él es un artículo masculino y Rosa es un nombre femenino. La yuxtaposición lingüística era intencionada, era una señal de bienvenida para la comunidad transgénero.

Las chicas de El Rosa atendían a los turistas o asistentes a una convención en la calle o en los bares del hotel. El trabajo sexual solía realizarse principalmente en coches o en la seguridad de las habitaciones de las chicas. Cuando estaban con los clientes, jugaban a evitar que se dieran cuenta lo más tarde posible (o nunca) de su género biológico. Algunas reinonas se referían coloquialmente a sí mismas como *hair fairies*, “luciendo pelo largo y provocando con él”.

Según el investigador James Driscoll, las mujeres transgénero del Tenderlon se prostituían en “lo que parecía ser casi un uniforme. Poco maquillaje, jersey grueso, y pantalones ajustados – lo más ajustados que fuera posible.” Incluso eran capaces de simular su acceso a las hormonas, simulando la voluptuosidad usando “fajas con almohadillas cosidas” y “toallas gruesas a lo largo de sus caderas y nalgas.”. Una estrategia recurrente era un llamado “garfio” hecho con vaqueros o lienzos, que podían colocarse para “aplanar sus genitales o incluso obligarles a plegarse en una cavidad del cuerpo”. Cuando permanecían juntas en público, compartían sus conocimientos con las recién llegadas, se depilaban las cejas las unas a las otras, hablaban sobre los cotilleos de su trabajo, vestimenta, pelucas, estimulantes, marihuana, pegamento, speed o el Seconal. Las trabajadoras sociales del Centro Urbano de Tenderloin suministraban Benzedrina, Nembrutal, Metadrina (cristal), Doriden (sedantes), nitrato de amilo (poppers) y LSD entre otras sustancias disponibles. Como los mujerados<sup>7</sup> de los indios antiguos, 15 de las 17 travestis que entrevistó Driscoll se habían “criado como chicas”, ayudando a sus madres y hermanas a cocinar, limpiar y ocuparse de sus hermanos pequeños. Todas excepto una habían crecido en el extrarradio de San Francisco. De las que se criaron en el Sur, la mayoría lo habían hecho tras ser “brutalmente expulsadas por la policía, así que a menudo estaban hartas de la ciudad”. Para otras, la adolescencia supuso una época en la que la tolerancia de sus padres alcanzó su límite. Una chica le dijo a Driscoll: “Mi madre quería una chiquilla, no un tiazó”. La consideración de la prostitución era ambivalente entre las inquilinas de El Rosa. Coincidían en que hacerse pasar como femenina con un cliente les hacía sentir más femeninas, pero detestaban curro diario de trabajo sexual, que les hacía sentir muy a menudo un miedo escalofriante de terminar muertas sobre la calzada. “No me siento feliz como prostituta”, dijo una. “No disfruto y estoy todo el tiempo asustada.” Otra dijo que odiaba esa vida, pero “tengo dinero para comer, y tengo un lugar donde permanecer, y dinero para el maquillaje y la ropa”. Reveladoramente, cuando la Oficina de Empleo de San Francisco ofreció trabajos de oficina disponibles para las mujeres transgénero arraigadas en las calles, todas las vacantes se acabaron rápidamente, a pesar de que esos trabajos legales sólo se pagaban a 1.35 \$ la hora. Ello suponía obtener 33.20 \$ por una jornada semanal de 32 horas, menos que lo que las chicas podían sacar “en una

---

<sup>7</sup> Nota editorial: A inicios del texto de Friedman, registra la existencia de un género entre las comunidades indígenas en los territorios indios ocupados del Suroeste tratado por los antropólogos como ‘mujerados’. Consideramos el uso de la antropología colonial para hablar sobre géneros no-europeos como algo racista y colonialista por muchas razones...

noche de hacer la calle". Todas dijeron que se pensaban la opción de hacerse una operación de reasignación de sexo. Sólo necesitaban una oportunidad.

En la segunda mitad de los sesenta, el Tenderloin se componía de vecinos de clase trabajadora que habitaban en casas de bajo alquiler con una zona comercial de comercio activo del vicio y una pujante economía sexual. Por supuesto, no todos sus vecinos eran minorías sexuales que se habían movido al Tenderloin por su mayor tolerancia; la mayoría eran sanfranciscanos heteros que se habían desplazado por las remodelaciones urbanísticas. Esta diversidad comunitaria incluía estadounidenses de origen japonés que habían sido expulsados de del barrio recién gentrificado de Western Addition en el que se les alojó durante la Segunda Guerra Mundial<sup>8</sup>, afrodescendientes del Western Addition y de Fillmore, y gente desplazada cuando las constructoras demolieron los hostales que había a lo largo de la ribera. Los vecinos pobres de clase obrera quedaron sin alternativas de hospedaje asequibles; esta mezcla de poblaciones en reorganización supuso un foco de reclutas listos para los movimientos de resistencia.

El Ternderloin encarnaba con fortaleza esta diversidad. La Cafetería Compton's, en el cruce de las calles Turk con Taylor, era uno de los núcleos comunitarios. Durante las horas de luz, la cafetería albergaba una auténtica gama de jugadores a las sillas musicales entre hombres de negocios, turistas curiosos, trabajadoras sexuales que habían parado para almorzar, y obreros que iban a probar bocado y a hacer amigos. La cordialidad del lugar generaba en muchos clientes un sentimiento de ser parte del lugar. Para los habituales, la Compton's era un segundo hogar; para los vagabundos sin hogar, era su casa. Justo encima del café, el Hotel Hyland alojaba únicamente mujeres transgénero. Según Stryker:

Era un lugar para la juventud – [Compton's] no vendía licor, así que los menores podían estar allí. La comida era barata, abría durante toda la noche, así que la gente si estaba nublado o tenía frío pasaba en él la mayor parte del tiempo, la gente necesitaba un lugar en el que estar por la noche para pasar el rato, en lo que jugaban un importante papel todas esas cafeterías. Se sabía perfectamente que era un lugar en el que las transgénero eran bienvenidas, ya que era la zona en la que trabajaban. Era un lugar en el

---

<sup>8</sup> El trato que EEUU dio a los inmigrantes japoneses o descendientes de éstos durante dicha guerra es un capítulo de la historia discriminatoria del país menos conocido en Europa. Con la excusa del sabotaje interior o el espionaje, fueron recluidos en campos de concentración, centros de libertad vigilada o barrios vallados a lo largo y ancho de la Costa Oeste, en especial en el sur. También se les despojó de la mayoría de bienes materiales y eran sometidos a controles militares y policiales permanentes. Japón tuvo planes para bombardear San Francisco y otras ciudades, e incluso llegó a mandar globos aerostáticos incendiarios contra los bosques estadounidenses, pero la respuesta gubernamental fue absolutamente desproporcional y racista. (NdT)

que los carrozas<sup>9</sup> podían ir a ligar, era el lugar en el que la gente podía quedarse y cotillear durante toda la noche... Entre las 2 y las 6 de la mañana el público era casi completamente gay. Otra gente trabajadora lo visitaba durante el día, heteros, ya sabes, para almorzar, desayunar, se mezclaban entre todas. Pero cuando caía la noche, en especial entre las 2 y las 6, entonces era el cuartel general de las degeneradas... Sobre todo cuando en la calle Market<sup>10</sup>, simplemente saltabas del tranvía y caminabas hasta el pequeño bloque del Compton's, y pasabas allí el rato y esperabas a que tus amigos aparecieran. O salías de bar en bar, y te pasabas la noche bebiendo hasta que eran las 2:00, y entonces volvías al Compton's a tomar algo de café y gachas y te espabilabas, y te acomodabas, cotilleabas y ligabas, hasta que volvías a casa a dormir.

Pero los buenos tiempos no duraron siempre: el Compton's instauró un servicio de cobro de 25 centavos por cualquier cosa. Mortalmente ofendido por esta decisión, un contingente de transexuales, autodenominadas "*hair fairies* y chaperas" montó un piquete frente al Compton's. Las manifestantes fueron respaldadas por Vanguard, una organización juvenil que había florecido con el apoyo de la Iglesia Metodista del barrio (la cual también apoyó con sus redes en sus inicios a la Alianza Gay Activista, a la Sociedad de Derechos Individuales y al Consejo sobre la Religión y los Homosexuales, entre otros). Las miseras (y miserables) chaperas tomaron las calles para impedir los pagos del nuevo sistema de cobro.

La revuelta de la Cafetería Compton's no ha suscitado tanta atención como otras. Fue muy importante como una expresión unitaria de todas las trabajadoras sexuales de cualquier género para plantar cara ante un agravio. En "El piquete de los jóvenes homos contra el Restaurante Compton's", el periodista Guy Strait escribió:

Los gays se levantan enfadados frente al constante acoso policial de las travestis. Debe de ser los primeros actos de violencia llevados a cabo por gays contra la policía de la historia. Aquella noche, las furgonetas del Departamento de Policía de San Francisco llegaron para hacer sus "típicos" barridos de las calles, los gays no se dejaron arrestar voluntariamente. Todo comenzó cuando la policía entró en el Compton's a desempeñar su típica labor de acosar a las travestis, a las mariconas y a las chaperas que estaban sentadas en las mesas. Para esto [el acoso policial] daba su permiso la gestión del local, por supuesto. Pero cuando la policía agarró del brazo a una de las travestis, ésta arrojó su ardiente taza de café en la cara de un agente, y tras esto, copas, platos y bandejas comenzaron a volar a lo largo de todo el establecimiento, y todos directos a la policía. Los agentes retrocedieron y permanecieron fuera del lugar hasta que llegaron los esfuerzos, y

---

<sup>9</sup> No hay en el argot gay castellano una palabra equivalente a *chicken-hawk*, que hace referencia a los hombres mayores que buscaban ligar con chicos menores de 20. "Carroza" en castellano es la forma en que se define a los gays bien entrados en años, pero tiene la connotación necesaria de buscar jovencitos (aunque muchas veces así sea). (NdT)

<sup>10</sup> Calle principal del Tenderloin. (NdT)

el regente del Compton's ordenó cerrar las puertas. En respuesta, los gays comenzaron a reventar todas las ventanas del sitio, y como corrieron a fuera para escapar por haber roto los cristales, la policía intentó agarrarles y arrojarles dentro del furgón. Se encontraron con que no era una tarea fácil, porque los gays comenzaron a golpearles "debajo del cinturón" y las travestis les partieron la cara con sus durísimos bolsos. Un coche de policía terminó con todas las ventanas rotas, una caja de periódicos situada al lado de la cafetería ardió hasta no quedar casi nada de ella, y el caos general se reinó esa noche en el Tenderloin. Al día siguiente las travestis, las mariconas, los gays conservadores y los chaperos se unieron para piquetear la cafetería, que ya no permitía a las travestis entrar en ella.

Los sucesos de aquella noche nos han llegado como si fueran una leyenda. La policía denominó la revuelta como "un disturbio menor", y los grupos homófilos<sup>11</sup> oficialistas no prestaron atención al tumulto, permaneciendo fuera de la lucha y siguiendo sin permitir a las prostitutas asociarse con ellos. "Mientras no sea todavía posible determinar exactamente lo que ocurrió en el Compton's en agosto de 1966", escriben los archiveros de la Sociedad Historiográfica de Gays y Lesbianas del Norte de California, "los disturbios que se desataron allí gozan de un estatus legendario dentro de los inicios del movimiento de liberación gay en San Francisco." Más importante por su pasado que por sus actuales virtudes, los disturbios de la Cafetería Compton's presagiaban futuras revueltas callejeras. Los disturbios no disuadieron a la policía, que continuó arrestando chaperas en masas. Sirvió, no obstante, como un destello de apoyo. Llevó menos de un año a la policía establecer una División de Relaciones con la Comunidad que se centrara en la comunidad transgénero. Y los grupos sociales locales se abrieron al cuidado básico de las chaperas trans de Tenderloin y a otras formas de apoyo. La trabajadora sexual transexual Louise Ergenstrasse llevó a la policía y a Harry Benjamin a la misma mesa, lo cual fue una auténtica hazaña. Ergenstrasse entonces inició su propia pequeña organización de apoyo a las trans, CATS.

Organizaciones nacientes como Vanguard aprovecharon los disturbios como una oportunidad para agitar a sus miembros. Como una representación teatral de los sucesos, Vanguard organizó una fiesta de barrido de las calles, llenando el barrio con este comunicado de prensa.

Anoche una "limpieza" se tenía que haber hecho en la calle Market, no por la POLICÍA, sino por la gente de la calle que a menudo son objeto del acoso policial. Toxicómanos, consumidores de píldoras, vecinas putas, lesbianas y homosexuales que hacen del PICADERO de San Francisco su hogar están cansados de vivir en medio de la basura de las aceras que arrojan los empresarios a la calle...

---

<sup>11</sup> Antes de los primeros grupos del gay power, el término usado por los defensores de derechos de gays y lesbianas era "homófilo", por parecerles más amable ante la sociedad hetero. (NdT).

Esta manifestación de VANGUARD viene a demostrar la disposición de los marginados a trabajar abiertamente por unas mejorías de su propio poder socio-económico. HEMOS OÍDO MUCHO SOBRE “PODER BLANCO” Y “PODER NEGRO”, ASÍ QUE ESTAMOS LISTOS PARA ESCUCHAR SOBRE EL “PODER DE LA CALLE”.

La barrida fue un éxito: AP y UPI cubrieron la historia<sup>12</sup>. Y la ciudad tomó partido, prestando a Vanguard 50 escobas, que algunas sí o otras no estaban en condiciones de servir para esta pequeña limpieza.

El comunicado de Vanguard también incluía el término acuñado de “Meat Rack”<sup>13</sup>, refiriéndose a la variada franja del Tenderloin: la calle Market y dos calles paralelas, Turk y Powell, eran donde solían estar más disponibles las chaperas. El espectacular acto de virtud del grupo juvenil fue hermoso y partió de su corazón. “¡Nos preocupamos tanto por vosotras como por lo que ocurra en las calles!”. Toda esta ornamenta dejaba clara que esta acción no violenta fue toda una poderosa declaración al igual que el caos espontáneo en la Compton’s. Las vecinas chaperas tenían buenas intenciones y merecían respeto. – algo que los representantes de la voz social se negaban a darles.

Hubo numerosas insurrecciones pequeñas en los bares y en los clubs en los años que van entre 1966 y 1969<sup>14</sup>. Pero ninguna logró el estatus mítico de Stonewall. Si el East Village en 1969 era equivalente neoyorquino del Haight-Ashbury, el Greenwich Village sería el Tenderloin<sup>15</sup>. John D’Emilio escribió que por el Stonewall Inn “se movía un ambiente de rebeldía”, con sus sudorosos chicos go-go y los rumores de sus conexiones con la Mafia. “Los clientes del Stonewall solían ser jóvenes y no blancos. La mayoría eran travestis, y la mayoría provenía del creciente gueto de fugitivas que vivían a lo largo y ancho del East Village. Duberman afirma que el número 53 de la calle Christopher era uno de los dos bares céntricos receptores de personas trans, conocidos por su

---

<sup>12</sup> *Associated Press* y *United Press International*, agencias informativas. (NdT)

<sup>13</sup> Traducido en el texto anterior como “picadero”, si bien tiene connotaciones gays y en concreto chaperas. (NdT)

<sup>14</sup> Friedman ha olvidado mencionar la revuelta de Cooper’s Donuts, ocurrida en mayo de 1959 en Main Street, Los Ángeles. La mencionada cafetería era frecuentada por chaperas y travestis, y periódicamente la policía local efectuaba redadas, detenciones y acoso generalizado a las moradoras del establecimiento y a las que se prostituían por la zona. Aquella noche, dos policías se acercaron a la cafetería e intentaron arrestar a cinco clientes. Las presentes comenzaron a arrojarles donuts, café, tazas y todo lo que tenían a mano. Los policías se encerraron en su coche y pidieron refuerzos por radio. Los refuerzos se enfrentaron a una turba de trans y chaperas furiosas con la que intercambiaron golpes. No lograron efectuar arrestos. Ocurrida diez años antes que Stonewall, esta revuelta es todavía menos conocida que la sanfranciscana, pero también marcó un punto de inflexión en la época, por lo menos a nivel local. (NdT).

<sup>15</sup> El bar Stonewall Inn se hallaba en el Greenwich Village, el cual estaba por pocas calles separado del East Village, ambos barrios en la isla-districto de Manhattan. (NdT)



diversidad racial y su tolerancia hacia las travestis y chaperas, que “iban ahí para relajarse con unas copas y contarse los cotilleos después de una dura noche de chaperismo”.

Cuando la policía efectuó la redada contra el Stonewall en junio de 1969, echaron a los regentes del bar a calle y comenzaron a arrestar a todas las que estaban incumpliendo la ley sobre prendas de vestir<sup>16</sup>. Storme DeLarverie, una lesbiana *butch*<sup>17</sup> asidua al travestismo, le arreó un puñetazo a un madero y comenzaron los disturbios. “Los maderos me pegaron, y yo les devolví la hostia”, dijo con total naturalidad DeLarverie. En su época de estrellato. DeLarverie combinaba elementos de Juana de Arco y Calamity Jane<sup>18</sup>. “Le rompí a uno la nariz, a otros les hice moratones y me machaqué los nudillos contra la cara del que me quería entrullar, pero no herí de gravedad a ninguno”, recordaba DeLarverie. “La policía recibió el mayor impacto de su vida cuando esas reinonas salieron del bar, sacaron pecho y fueron a por ellos”.

Sylvia Rivera gritó el nombre de una reinona callejera a la que estaban introduciendo a golpes en una furgoneta de la policía. Desde dentro del vehículo salió una pierna flexionada cubierta con unos pantis que pateó a un madero en el pecho, haciéndole caer al suelo. Esto ayudó a que se envalentonaran las detenidas, que lograron quitarles a los maderos las llaves de sus esposas. William Wynkoop recuerda el papel de las reinonas callejeras al incitar a todo el grupo a luchar:

Alcé la cabeza por la ventana y vi una enorme muchedumbre en la calle Christopher. Eran las dos en punto de la mañana. Tenía que salir a ver qué estaba pasando... cuanto más oía lo que ocurría, más excitado me encontraba... ¡era increíble! Y creo que es maravilloso que unas de las que empezaron a liarla fueran las travestis. Éstas solían ser jóvenes, muy jóvenes. Tenían un flamante aspecto marica... y creo que quizás esta la razón porque que habían estado soportando tanta opresión.

Obviamente, acorde a la corriente oficial, los hombres gays y las lesbianas económicamente desahogadas tomaron parte en la revuelta de Stonewall: se sumaron al ataque como todo el mundo y con fiereza se unieron a la lucha. Pero debemos recordar quién empezó los disturbios: las mariconazas, las bollacas, las travolas y las chaperas callejeras que no tenían nada que perder.

---

<sup>16</sup> Según esta ley, podían detenerte si llevabas tres prendas de ropas correspondientes al género contrario de tu documento de identidad. (NdT)

<sup>17</sup> En el argot del ambiente, lesbiana masculina. (NdT)

<sup>18</sup> Tanto la oficial francesa de la guerra de los cien años como la exploradora militarizada decimonónica estadounidense eran asiduas a vestirse con uniformes de soldado, entonces patrimonio exclusivo masculino. (NdT).

Decir que los hombres gays se apropiaron de Stonewall quiere decir que ellas no disfrutaron como éstos de los restos de la revuelta. Una conclusión más apta sería que los hombres gays cogieron el monumento de los disturbios y lo emplearon para sus propuestas de beneficios políticos y liberación. Por desgracia, el movimiento de liberación gay dejaría a sus instigadoras más valientes – las reinonas callejeras y las chaperas moradoras – en la estacada.

La irresponsabilidad de la comunidad gay de sus luchadoras de vanguardia es todavía más patente en el caso del desarrollo del distrito Castro de San Francisco posterior a la revuelta. A inicios de los setenta, los hombres gays comenzaron a mudarse en masa a Castro. Los antiguos barrios gays como el Tenderloin no fueron tenidos en cuenta por esta nueva generación liberada. En la construcción del Castro gay, la generación de jóvenes de clase media nacidos en el *baby boom* posterior a la Segunda Guerra Mundial desinfló las redes de apoyo económico y social que habían establecido los grupos marginados en el Tenderloin. El Castro de inicios de los 70 era homogéneo: en primer lugar la comunidad gay, blanca y masculina que excluía a las personas pobres, a las no definidas como gays, a los chaperos masculinos y a las mujeres trans de color. La comunidad de Castro era un microcosmos del movimiento por la liberación gay: también se desarrolló políticamente ignorando los apuros que sufría la inmanejable comunidad callejera que habría contribuido a que todo esto pudiera llevarse a cabo.

Ya que el apoyo gravitaba hacia la liberación gay en el Castro, las ratas callejeras del Tenderloin quedaron relegadas a buscarse las castañas por su propia cuenta. Las constructoras comenzaron a transformar la calle Market en una zona turística a rebosar de hoteles para la clase alta, restaurantes y oficinas. Las trabajadoras sexuales se enfrentaron a una discriminación cada vez mayor en un barrio en el que se habían sentido relativamente seguras, y el único en el que podían permitirse ser como eran en realidad.

Durante la investigación de campo de Driscoll, todas las chicas de su estudio le aseguraron que se dedicaban a la prostitución. ¿Eso por qué? Como mostró la investigación previa, era una cuestión de no tener una documentación apropiada. “La prostitución es muy común en las vidas de las transexuales”, escribió Driscoll. “Dada su insistencia a vestirse como mujeres, les son denegados la mayoría de los trabajos. La identificación, al menos en la tarjeta de la seguridad social, depende de tener un trabajo.” Observó que las chicas trans podían no sólo trabajar en zonas amigables con la gente trans, sino también en bares y cafeterías, en las que el salario era tan bajo que “su principal incentivo era que así podían contactar con posibles clientes para prostituirse. Centro Urbano de Tenderloin citó dificultades similares entre los chaperos masculinos

jóvenes, que estaban marginados por “falta de educación y de experiencia laboral”. Un chapero podía también ser discriminado porque “su edad, su orientación sexual o, en algunos casos, los años de su vida pasados en la zona del Tenderloin, por lo cual no [podían] encontrar un trabajo útil de ninguna forma”. En concreto no permitían la entrada a “delincuentes”<sup>19</sup> en el mundo laboral experimentado.

En 1971 la Cafetería Compton’s cerró, siendo sustituida por un club de espectáculos eróticos que atraía a la población hetero. A lo largo de los tres años siguientes, el Hyland, el Rosa y la mayoría de los demás hoteles que admitían trans cerraron sus puertas a la población transgénero. Desplazadas de su propio gueto, las prostitutas trans se fueron al sitio que pudieron, continuando trabajando y juntándose en sus lugares históricos favoritos, a veces de porvida. A pesar de los enérgicos esfuerzos de organizaciones como la de Louise Ergenstrasse, de otro grupo de defensa de trans llamado Conversion Our Goal (COG)<sup>20</sup> y de la Gay Activist Alliance<sup>21</sup> (además de un grupo radical escindido de Vanguard y un grupo lesbiana llamado Street Orphans<sup>22</sup>), la vasta red de travestis del Tenderloin acabó totalmente destrozada.

La triste fila de trabajadoras sexuales trans sin hogar del gueto de Tenderlon de los años 80 y 90 fue el legado de la transfobia posterior al plan de desarrollo urbanístico de la ciudad, los pasos hacia atrás que la política gay dio ante los asuntos de las trabajadoras sexuales, y la actitud excluyente de los residentes de Castro durante los años 70.

---

<sup>19</sup> Juego de palabras: “hustle” significa a la vez chapero, puto, delincuente, estafador...

<sup>20</sup> Fundado en 1967, viene a significar “la conversión de nuestra meta”, disuelto a mediados de los setenta, y abogado al trabajo asistencial con mujeres trans. (NdT)

<sup>21</sup> “Alianza Gay Activista”. Grupo escindido en 1969 del *Gay Liberation Front* y estandarte del reformismo gay oficialista, su política desde los setenta hasta hoy ha sido secundar al gobierno en sus políticas asimilacionistas, sanitarias, militaristas, matrimoniales, educativas, etc, marginando a otros grupos oprimidos por otras discriminaciones (trans, raza, clase...). La razón por la que pudieron ayudar a la comunidad trans entonces es que muy a principios de los setenta aún no estaban tan definidos en esta línea. De hecho, una de sus fundadoras fue Sylvia Rivera, que abandonó el barco bien pronto ante el rechazo que le produjo su línea legalista y su gaycentrismo. (NdT).

<sup>22</sup> “Huérfanas callejeras”, grupo autónomo de lesbianas surgido tras la revuelta de la Compton’s. (NdT)

“La policía recibió el mayor impacto de su vida cuando esas reinonas salieron del bar, sacaron pecho y fueron a por ellos”



Vivimos en nuestros días una mitificación de la Revuelta de Stonewall, origen del movimiento LGTB actual. Pero ésta se torna descontextualizada y políticamente manejable para fines nada beneficiosos si no se menciona la cultura de apoyo mutuo y redes de afinidad que las trans, los chaperos y las más maricas desarrollaron en varios puntos de EEUU en los años 50 y 60, que terminaron cristalizando en varias revueltas contra la policía que las acosaba en bares y cafeterías, la más importante de ellas la de la Cafetería Compton's en San Francisco en 1966, y que abrieron paso hasta la insurgencia que produjo la revuelta de Stonewall, en la que el papel de éstas fue crucial. Tras su exclusión de los derechos sociales obtenidos por la comunidad gay en los años venideros, este texto viene a hacer justicia sobre su historia y ofrecernos argumentos contra la reescritura de nuestra historia por parte del oficialismo y sus agentes.